ESTUDIOS DEL PATRIMONIO CULTURAL

09

noviembre 2012. www.sercam.es

LA PROVINCIA JESUÍTICA DEL PARAGUAY

ARQUITECTURA PASTORIL

ETNOBIOLOGÍA EN LAS ARRIBES

EN LOS JARDINES DE LA GRANJA

ARTE EN LA DIOCESIS DE VALLADOLID

VENDEDORES AMBULANTES

LAWRENCE & WOOLLEY

EL LENTO PROCESO DE VALORACIÓN DEL LEGADO CULTURAL DE LA ANTIGUA PROVINCIA JESUÍTICA DEL PARAGUAY

Carlos A. Page | CONICET-CIECS
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas - Centro de Investigación y Estudios sobre Cultura y Sociedad. | capage1@hotmail.com

La expulsión de los jesuitas de Hispanoamérica en 1767 constituyó una bisagra en el tiempo que puso fin a una excepcional obra religiosa y cultural. A partir de entonces la reputación de la Compañía de Jesús cayó en un abismo impensable de revertir. Sin embargo con la restitución de la Orden primero y la posterior decisión institucional de reconstruir su propia historia, comenzaron a valorarse sus obras artísticas y arquitectónicas hasta convertirse en estandartes de un importante legado patrimonial con alta significación internacional. De tal manera se aborda este proceso de transformación en la antigua provincia jesuítica del Paraguay a través del proceso histórico de su valoración.

Palabras clave: Jesuitas, Conservación, Reducciones jesuíticas, Estancias jesuíticas

1. La expulsión y extinción de la Compañía de Jesús

La pragmática del rey Carlos III de 1767[1] de ninguna manera fue un acontecimiento que se cierra en sí mismo sin admitir antecedentes y consecuencias. La decisión regia se constituye en una bisagra o punto de inflexión que marcó un duro revés en la Compañía de Jesús, convirtiéndose en una de las injusticias más ignominiosas que sufrió el mundo católico.

Los jesuitas tuvieron difíciles días por caminar desde la creación de la Provincia del Paraguay (1604)[2], donde soportaron las agresiones de prelados y encomenderos durante gran parte de los años que permanecieron en América. Pero un hecho desencadenante de la catástrofe fue sin dudas el Tratado de Límites o de Permuta, celebrado entre las coronas de España y Portugal en 1750 (Kratz 1954). Fue un primer detonante que afinó las asperezas entre el poder político y los ignacianos. En esta ocasión, la Compañía de Jesús se debatía frente a ambas potencias, quienes a sus espaldas canjeaban territorios ocupados por siete reducciones jesuíticas[3] a cambio del enclave urbano lusitano ubicado en territorio hispano de Colonia de Sacramento. La oposición de los guaraníes y jesuitas se hizo sentir y desembocó en una lamentable guerra. Pero más allá de beneficiar a tal o cual fuerza, afectó directamente a sus propios pobladores en una cuestión que era más sensible que la pérdida material de los pueblos. Pues los portugueses en su territorio eran libres de esclavizar indios, mientras que para los españoles aquéllos eran considerados súbditos del rey. Esto fue una diferencia fundamental que claramente evaluaron jesuitas y guaraníes a la hora de considerar las consecuencias posteriores. La guerra tuvo un desenlace previsible en la batalla de Caibaté (1756). Pero luego de haber estado aliadas para esta contienda y salir victoriosas, las coronas de España y Portugal concluyeron sus diferencias con el Tratado del Pardo (1761), donde entre otras consideraciones quedó anulado el Tratado de 1750 y los guaraníes regresaron a sus destruidas y diezmadas reducciones.

En aquel año de 1750, asumió el marqués de Pombal como primer ministro de José I de Portugal y es incuestionable que a partir de entonces se inició una lenta conspiración contra los ignacianos. La misma tuvo su punto más álgido en el atentado que ocho años después sufrió el rey, donde se involucró a su amante, la condesa de Tavora, al duque de Aveiro y al confesor de todos ellos, el jesuita Gabriel de Maladriga. El

1 La pragmática sanción real fue firmada el 27 de febrero de 1767, dirigida al conde de Aranda, e impresa con una serie de providencias en cuatro voluminosos tomos (Colección 1767-1774).

2 Estuvo conformada en su inicio por las actuales naciones de Chile, Argentina, Paraguay, Uruguay sur de Bolivia y parte de Brasil.

3 Estas reducciones eran: San Borja, San Nicolás, San Luis Gonzaga, San Lorenzo, San Miguel, San Juan Bautista y Santo Ángel.

La expulsión de los jesuitas de España el 31 de marzo de 1767. Grabado del Musée de Port-Royal-des-Champs, Magny-les-Hameaux, Francia.

castigo fue implacable e incluyó la pena de muerte, seguida del descuartizamiento a golpes de casi toda la familia y quema de los cuerpos de la condesa y el duque, seguido de la confiscación de sus bienes. Incluso el P. Maladriga fue llevado a la hoguera por el Santo Tribunal de la Inquisición. A semejantes atrocidades les siguió la expulsión de los jesuitas de Portugal. Pero hoy sabemos que toda esta sangre derramada fue una trampa de la corona lusitana para frenar el poder de una nobleza disconforme con el accionar regio.

Comenzó con Portugal, pero pronto se extendió a Francia (1762) a través de Luis XV y por sus simpatías con el jansenismo, y tiempo después de la expulsión de España (1767), a Nápoles y Malta, es decir hacia todos los dominios gobernados por los borbones.

En España las acusaciones llovían por doquier dentro de una Iglesia en crisis, donde la Compañía de Jesús era el blanco de los continuas acusaciones, como la de servir a la curia romana en detrimento de las prerrogativas regias, fomentar las doctrinas probabilísticas, simpatizar con el regicidio y defender el laxismo de su sistema educativo (Fernández Arillaga 2002: 251). La corte de Carlos III era ajena a las preocupaciones del pueblo y se embarcó en una serie de obras superfluas que demandaban grandes costos. Y para deshacerse de los jesuitas, también aquí hubo una excusa que detonó en la severa acusación que recibieron de incentivar los motines de Esquilache de 1766 (Andrés-Gallego 2003). España se encontraba sumergida en una crisis económica, por lo que la nobleza local responsabilizó al italiano secretario de Hacienda, el marqués de Esquilache, lo que derivó en su renuncia y expulsión, luego que tomara medidas económicas y antipopulares. Terminado el motín, el rey ordenó una investigación secreta por parte del fiscal de estado Pedro Rodríguez, conde de Campomanes[4]. En su informe se acusó a los jesuitas como instigadores del motín, aconsejándose la expulsión de la Orden, incluso con recomendaciones prácticas para su cumplimiento, de las que fue encargado de cumplir el conde de Aranda.

La ejecución se llevó a cabo con absoluto secreto y con ella se sucedieron una serie de irregularidades. Aconteció a altas horas de la noche a cargo de soldados que cometieron atropellos y desmanes. Los jesuitas fueron arrestados en sus colegios, conducidos a una habitación, donde se les tomó la filiación y cargo. Luego se les leyó el Decreto y se los encerró en los refectorios. Los mismos funcionarios también cometieron excesos, como el gobernador Bucareli, quien emitió un bando dando cuenta a la población de Buenos Aires de lo decretado por el rey e intimó con pena de muerte a quien lo contradijese o se comunicara con los jesuitas.

Todos los religiosos de la provincia del Paraguay, que eran aproximadamente 450, se embarcaron en Buenos Aires rumbo a España. Algunos murieron en el viaje, como el arquitecto italiano Pedro Pablo

4 Este dictamen secreto se conoció recientemente (Rodríguez Campomanes 1977).

Los jesuitas expulsos produjeron una revolución en las letras castellanas.

Danesi o el mismo provincial Manuel Vergara, que falleció en el Hospicio de Misiones de Cádiz apenas arribó. Finalmente, fueron conducidos a Italia. Luego de varias vicisitudes y en reemplazo del P. Vergara, fue nombrado provincial el P. Robles, residiendo en Imola, donde primeramente se constituyó el Colegio Máximo. Sin embargo, Carlos III prohibió a los jesuitas que se siguieran nombrando provinciales o refundando colegios con las mismas denominaciones anteriores. El mandato se acató a medias y, al cumplir su trienio, el P. Robles fue sucedido por el P. Muriel, aunque a partir de ese momento las designaciones españolas cambiaron por santos de la Iglesia y a la provincia del Paraguay se la llamó en el exilio "provincia de San José", manteniéndose hasta la abolición de la Orden, que no tardaría en llegar.

Precisamente, esta última calamidad tuvo como protagonista a Clemente XIV, quien en su breve *Dominus ac Redemptor noster* extinguió a la Compañía de Jesús en 1773. Sin embargo, un año después, el mismo pontífice firmó una retracción (Gómez Ferreira 1973) sobre aquella disposición, argumentando las presiones que soportó. Efectivamente, de esta metodología estuvo encargado el embajador español en Roma José Moniño, quien incluso hasta el texto de la extinción parece ser de su autoría, habiendo sido enviado a Carlos III antes de su publicación y para su aprobación. Por su buen desempeño, Moniño recibió el título de conde de Floridablanca y el Papa la restitución de los reinos de Benevento y Aviñón (Page 2011a).

2. Los jesuitas expulsos y las memorias que nos legaron

El exilio no fue nada fácil de sobrellevar. Tengamos en cuenta que en algunos casos los sacerdotes fallecieron a los pocos años de su estadía en Italia debido a su avanzada edad, pero jóvenes como el tucumano Diego León de Villafañe, arrancado del convictorio de Córdoba a los 26 años, recién pudo regresar a su patria luego de 35 años de proscripción.

Todos esos años de exilio no iban a pasar en vano. Por el contrario, los jesuitas expulsos van a producir una revolución en las letras castellanas. La mayor producción estaba reservada en gran medida para una estirpe de hombres que deseaban hacer conocer al mundo su vida cotidiana misional en países lejanos y llenos de peligros. Sobresalen en este sentido los americanos, nutridos de una experiencia educacional y misional que los distinguían. Los educadores derivaron en publicistas y los misioneros en la producción de obras de carácter etnográfico y geográfico.

En la antigua provincia del Paraguay se destacaron varios profesores escritores, como el zaragozano Joaquín Millás, que trabajó sobre el valor pedagógico de las letras clásicas o el filósofo Gaspar Phitzer que dejó varios tratados de su especialidad, como lo hizo a su vez Domingo Muriel. También el erudito José

Ilustración del libro original del P. Florián Paucke (1944) que representa la reducción de San Javier de indios mocovíes, donde trabajó varios años.

Sánchez Labrador escribió numerosas cuestiones de historia natural, al igual que José Jolís con su Historia natural de la región chaqueña. El inglés Tomás Falkner publicó en 1774 una descripción de la Patagonia, haciendo el primer descubrimiento y mención de un gliptodonte. Pues la ciencia ocupó un lugar preponderante en los escritos y buen ejemplo de ello fueron el santafesino Buenaventura Suárez, considerado el primer astrónomo argentino, o Gaspar Juárez, brillante botánico y paleontólogo. En nuestra disciplina histórica, el P. José Guevara publicó en 1764 la *Historia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*, donde se ocupa también de la flora. El mismo Iturri es preciado como el primer historiador argentino, pues, siendo natural de Santa Fe, escribió una obra pionera que permanece extraviada. No menos importante fueron los trabajos biográficos, como los del mismo Juárez, el famoso José Manuel Peramás y Francisco Miranda, entre otros. También Manuel Canelas dejó una relación sobre los indios mocovíes, y Pedro Juan Andreu dos obras impresas y una inédita sobre la historia tucumana y etnografía chaqueña. José Cardiel nos legó varias obras de gran interés, como el P. José Quiroga, marino, cartógrafo y matemático. Martín Dobrizhoffer y Florián Paucke escribieron sus experiencias entre los indios del Chaco. Muchas de estas obras fueron publicaciones póstumas, influyendo en el siglo XIX y profundamente aún en nuestros días.

Con el pasar de los años, la Compañía de Jesús fue restablecida, primero en Nápoles y en Parma, luego en las dos Sicilias, hasta que el 7 de agosto de 1814 la bula *Sollicitudo omnium Ecclesiarum*, del papa Pío VII, habilitado de su cautiverio napoleónico en Francia, dejó restablecida la Compañía de Jesús en todo el mundo católico con un solemne acto de reparación en Roma, donde asistió María Luisa de Borbón.

También hizo lo propio Fernando VII, quien revocó la pragmática de su abuelo el 29 de mayo de 1815 e invitó a todos los jesuitas hispanos y americanos a que regresaran a la Península. De tal manera que

unos 120 sacerdotes abandonaron las poblaciones del Lacio y regresaron a España.

Casi medio siglo tuvo que soportar la Compañía de Jesús su desaparición y los efectos que ello causó en la sociedad universal: persecuciones, decretos de pena de muerte, saqueo y destrucción de los testimonios construidos. Hasta fue prohibida la lengua guaraní, aquella que invocara como último aliento el maestro de novicios P. Juan de Escandón en su lecho de muerte de Faenza.

3. La reconstrucción de la Historia

Tanto en las vísperas como en las postrimerías de las independencias americanas, surgieron muchos textos que desvalorizaron la empresa colonizadora española, y más aún, la naturaleza del nuevo continente y las potencialidades de los pueblos originarios. Se destacan principalmente las obras de Corneille de Pauw (1739-1799), Guillaume T. Raynal (1713-1796) y William Robertson (1721-1793). Los jesuitas fueron los primeros detractores de estas teorías, pero también se dividieron en sus apreciaciones entre hispanos europeos y criollos, aunque juntos cultivaron una ideología regionalista que aumentó con la melancolía de la distancia y los sufrimientos que les ocasionó el exilio. De estas tendencias, la obra de José Manuel Peramás comparando la *República* de Platón con las reducciones guaraníticas (1793) ya no tiene solo carácter religioso, sino que evidencia sus marcados pensamientos europeos.

Si con sus escritos los jesuitas pretendían dejar viva su memoria, también a ellos se atacó y la historiografía decimonónica fue implacablemente contraria a la obra de los ignacianos. Ejemplo de esto son los textos del español Félix de Azara que se mostró sumamente crítico frente a una posición más favorable que tomó el criollo deán Gregorio Funes. Ambos marcaron una línea que seguía dividiendo la siempre presente antinomia antijesuítica. Al primero lo siguieron Bartolomé Mitre, Juan María Domínguez, Vicente Fidel López y otros, denostando a los jesuitas. Este último sentía una profunda repulsión por el sistema económico, social y político experimentado en las reducciones y en consecuencia despreciaba también a sus cronistas, a quienes les imprimía todo tipo de rótulos injuriosos. No es casual que los historiadores del siglo XIX que siguieron a Azara reconocieran el sistema de las encomiendas, mitas y malocas como un acto natural, y que no se justificaba que los jesuitas calificaran esos mismos actos como perversos.

En el otro extremo, siguió a Funes el historiador ítalo-rioplatense Pedro de Angelis, quien se presentó como un restaurador moderado que inició una revalorización de la obra jesuítica a través fundamentalmente en la edición de algunos antiguos textos de su formidable colección, mayormente inédita, que se encuentra hoy en la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro. En esa línea también se van a ubicar Andrés

En el seno mismo de la Compañía de Jesús restablecida, surgió la necesidad de recordar y contar esa gloriosa Historia de epopeyas misionales.

Lamas, que editó nuevamente la obra del P. Guevara (1873) y, sobre todo, la *Historia del Paraguay* del P. Lozano (1873), a quien no solo llevó a la imprenta, sino que prologó con acentuada consideración al autor. Lamas fue quien sobre todo valoró profundamente la admirable labor historiográfica que otros de su tiempo despreciaban debido a sus arrogantes cargas ideológicas. Se sumaron tiempo después Rómulo Carbia y Ricardo Levillier, quienes reafirmaron el alto contenido erudito y cultural de los cronistas-historiadores de la Compañía de Jesús.

En el seno mismo de la Compañía de Jesús restablecida, surgió la necesidad de recordar y contar esa gloriosa Historia de epopeyas misionales por entonces casi olvidada. Fue por ello que en la Congregación General de 1892, al ser elegido como general de la Compañía de Jesús el español P. Luis Martín, se le encargó especialmente que inicie una historia integral de la Orden a través de sus Asistencias. Al año siguiente, se formó el Colegio de Escritores, conocidos como *monumentalistas*, quienes con residencia en Madrid y liberados de otros ministerios debían dedicarse a estudiar la historia en forma exclusiva. Incluso se encomendó a Ludwing Carrez SJ que confeccionara un atlas histórico-geográfico mundial de la Compañía de Jesús que se publicó en París (Carrez 1900). En Roma sucedió contemporáneamente algo similar con aquellos que debían ordenar la documentación existente en el generalato y formar el famoso archivo romano (ARSI). De esta manera apareció a fines del Siglo XIX y principios del XX un movimiento de historiadores jesuitas abstraídos a la impostergable necesidad de reivindicar la obra ignaciana en el mundo. Así surgió la mencionada *Monumenta Histórica Societatis Iesu*, con las historias de las Asistencias. Para España y América fue dirigida por Antonio Astrain, para Alemania lo hizo Bernhard Duhr, de Portugal se encargó Francisco Rodrigues y de Italia el prestigioso Tacchi Venturi. Todos ellos formaron un importante cuerpo de investigadores con numerosos amanuenses y colaboradores en todo el mundo.

A pesar de las recomendaciones del prepósito general Martín de ser críticos y no apologéticos, generalmente se cayó en esta última particularidad que privó los esfuerzos del vigor de la reflexión. Se siguió con el trabajo y se publicaron varias obras profundas, pero nunca se llegó a concretar la deseada *Monumenta Paraguaya*, que sería parte del conjunto de provincias americanas y de las que se materializó en sendos libros la *Monumenta Peruana* del P. Antonio Egaña y la mexicana del P. Félix Zubillaga, quedando también en este caso por hacerse la *Monumenta* de Nueva Granada, tarea a la que están abocados en la actualidad los jesuitas José del Rey Fajardo y Alberto Gutiérrez.

La obra del jesuita español Antonio Astraín (1857-1928) es enorme en contenido y calidad. Se publicó entre 1902 y 1916 en siete tomos[5]. Uno de sus mayores colaboradores fue el P. Pablo Pastells (1842-1932),

5 Solo de la parte que trata sobre la provincia del Paraguay fue reeditada (Meliá 1996).

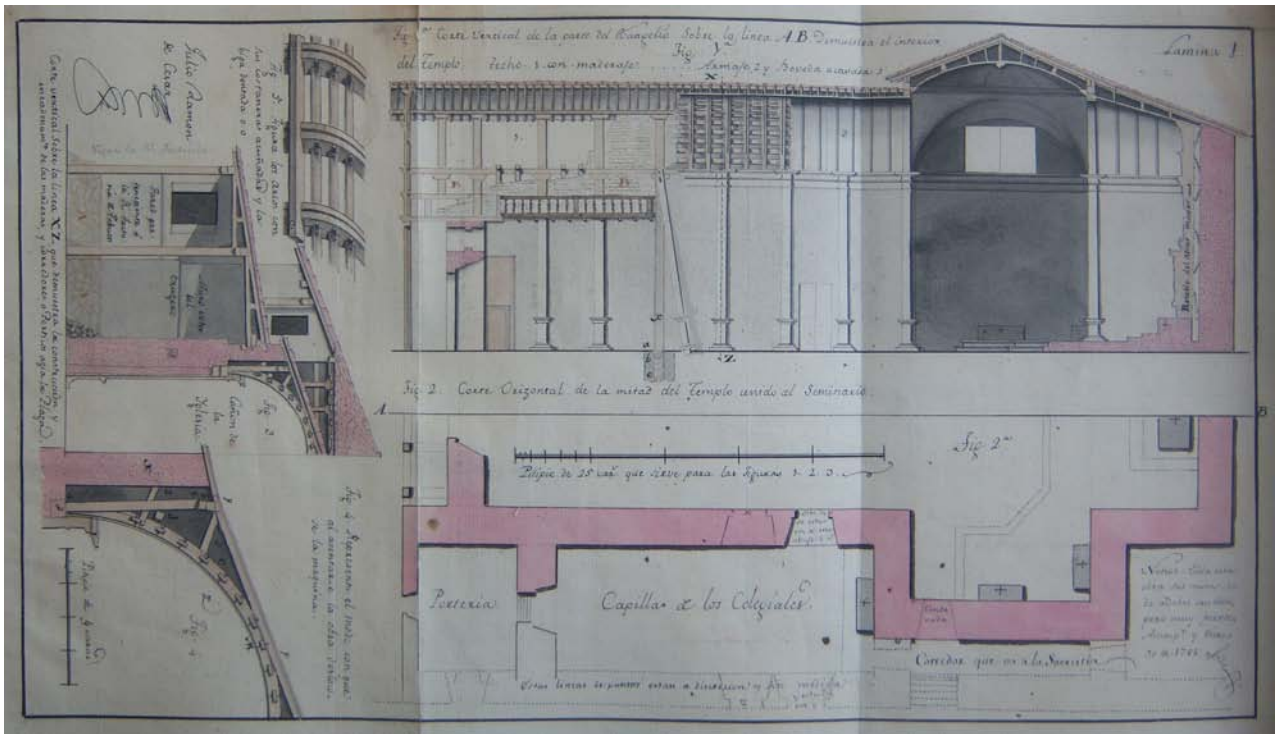
quien además publicó su propio trabajo, consistente en una monumental recopilación de documentos del Archivo de Indias, obra en cinco tomos aparecida entre 1912 y 1933 que fue continuada por el P. Francisco Mateos que agregó tres tomos (Page 1999). Aunque en el Archivo de los Jesuitas en Granada permanecen las fichas originales del P. Pastells por las que se podrían publicar varios tomos más.

Sobre los estudios de la antigua provincia jesuítica del Paraguay creció la labor con aportes historiográficos destacables, convirtiéndose en tres pilares fundamentales, los PP. Pablo Hernández (1852-1921), Carlos Leonhardt (1869-1952) y Guillermo Furlong (1889-1974).

El primero tuvo la iniciativa de traducir y completar la obra de Charlevoix-Muriel y luego dar a conocer un libro sobre la expulsión de los jesuitas, para completar su labor con su famosa obra *Organización social de las doctrinas guaraníes* (1913), donde enfáticamente se puso en consideración la "epopeya jesuítico-guaraní". El alemán Leonhardt, quien insistió en la formación de la *Monumenta Paraguaya*, dedicó gran parte de su labor historiográfica a traducir del latín las *Cartas Anuas*, pero sólo pudo publicar las del periodo 1609-1637 en dos voluminosos tomos aparecidos en 1927 y 1929. Continuó su tarea el Dr. Ernesto Maeder, quien, en las últimas dos décadas del siglo XX, alcanzó a publicar hasta la *Anua* de 1654. Finalmente, el P. Furlong nos exime de todo comentario ante la conocida y también monumental obra de la que somos depositarios y que marcó una historiografía abierta al conocimiento y profundización de diversos temas (Geoghegam 1975).

Estos tres historiadores jesuitas del siglo XX, si bien no fueron los únicos, realizaron valiosas contribuciones historiográficas en un afán de persistencia y búsqueda de reconocimiento de un pasado verdaderamente glorioso para el mundo católico. Sus textos se sumaron a la construcción de un archivo excepcional en Buenos Aires, lamentablemente en gran parte desaparecido ante la desidia de la Orden por conservar "papeles antiguos". No era casual que los libros de Furlong –según relató su editor en un homenaje póstumo al historiador- no se vendieran, pues aún en la década del setenta del siglo pasado persistía cierto rechazo a los tiempos pasados de la Compañía de Jesús. Por ello, el interés por esa Historia comenzó a valorizarse paralelamente en investigadores extranjeros, como el protestante Magnus Morner, e incluso jesuitas, como el suizo Félix A. Plattner SJ y otros, que tempranamente aparecieron con sus trabajos en la década de los cincuenta.

En Argentina, a partir de las incursiones en el tema del mencionado Maeder, se abrió un inmenso abanico que llega hoy a un número enorme de historiadores dedicados a la historia de la antigua Compañía de Jesús. Igualmente pasó en Paraguay a partir de los trabajos del jesuita español Bartomeu Meliá, discípulo del P. Antonio Guash y del etnólogo León Cadogan. Mientras en Brasil se destaca el P. Ignacio Schmitz SJ,



Parte gráfica del informe del ingeniero Julio Ramón de Cesar de 1788 sobre la desaparecida iglesia de los jesuitas de Asunción, donde se puede observar el sistema constructivo de la cubierta y su propuesta de consolidación estructural (Page 2011b).

que dirige el prestigioso Instituto Anchietano de Pesquizas, siguiendo las huellas de jesuitas como Serafín Leite que en la década del 50 escribió las *Cartas do Brasil* e *Historia da Compania de Jesus no Brasil*. También han sobresalido Arnaldo Bruxel SJ, Arno Kern, Regina Gadhela y muchos otros.

4. Las primeras demoliciones e intervenciones arquitectónicas en la región guaranítica

Inmediatamente después de la expulsión, las monumentales construcciones jesuíticas sufrieron también un desprecio ideológico notable y manifiesto en varios ejemplos, como cuando se demolió la iglesia jesuítica de Asunción a pesar del contundente informe del ingeniero Julio Ramón de César, firmado en el verano de 1788, que bregaba por la conservación del edificio, aunque le valió la desacreditación de sus colegas. También la espléndida iglesia de Trinidad, fue motivo para que se le demoliera caprichosamente su frontispicio, pues su magnificencia se consideraba una afrenta y bien podían ser usadas las piedras para otras construcciones. Las consecuencias de esta arbitrariedad perpetrada en 1774, fue motivo para que se derrumbara su bóveda, con serios daños en la cúpula (Page 2011b). Pero con el transcurrir de los años ya no hubo que forzar demoliciones, sino que el mismo tiempo se encargó de condenar a ruinas la mayoría de los monumentos.

De tal forma que las reducciones jesuíticas guaraníes corrieron diversos destinos al quedar desprotegidas con la pérdida de los religiosos y sobre todo bajo el acecho también de los portugueses que continuaron saqueándolas impunemente hasta apoderarse de gran parte del territorio que ocuparon luego del Tratado de San Ildefonso (1777). En ese contexto surgió como líder un caudillo mestizo llamado Andrés Guacurarí (Andrecito), ahijado de José Gervasio de Artigas, que contuvo por un tiempo los arrebatos. Pero, finalmente, algunas tierras fueron incorporadas al Brasil y otras vendidas a los terratenientes de la región. Posteriormente, los sitios fueron una y otra vez escenarios de guerras que destruyeron aún más lo poco que quedaba.

Anagrama de Jesús que se encuentra en el Museo Histórico Nacional de Buenos Aires desde 1901.

La valoración de las ruinas jesuíticas de guaraníes tuvo en primera instancia una apreciación ligada al punto de vista arqueológico, aunque desde una visión positivista, donde los restos constituían una curiosidad de un pasado considerado en su tiempo como retrógrado. Los primeros pasos los dio el director del Museo de Ciencias Naturales de La Plata, Francisco P. Moreno, quien envió en 1888 al naturalista Adolfo de Burgoing a los fines de recolectar material arqueológico en las reducciones de San Ignacio Miní, Mártires, Santa María Mayor, Loreto, Concepción y Apóstoles. Le siguieron al poco tiempo Eduardo Holmberg (1887) y Juan Ambrosetti (1893-1895). Cada uno publicó sus impresiones y de ellas se destaca la del agrimensor Juan Queirel (1897), quien fue enviado a delinear una colonia agrícola, visitando varias reducciones. Al poco tiempo publicó una detallada relación de San Ignacio Miní, adjuntando un relevamiento, croquis y fotografías.

Estas primeras exploraciones y el conocimiento de sus resultados a través de importantes libros iniciaron un debate en cuanto a la recuperación de las mismas, postura sostenida sobre todo por Ambrosetti y Queirel, quienes no fueron escuchados por el presidente Carlos Pellegrini, que ordenó en 1901 el traslado a Buenos Aires de una de las mayores piezas del conjunto, como es la gran piedra con el anagrama de Jesús que se ubicaba en el zócalo de la fachada de San Ignacio Miní (hoy en el Museo Histórico Nacional de Buenos Aires). No obstante, el sitio fue limpiado de malezas, estableciéndose un cuidador y comenzando a tomar popularidad luego que el gobierno nacional le encargó a Leopoldo Lugones en 1903 un libro sobre las reducciones jesuíticas.

La primera legislación para la protección de las ruinas se dictó en 1906 al declarárselas Reserva Fiscal, quedando administrada por el Ministerio de Agricultura de la Nación. El decreto se extendió en 1922 pero no incluyó la totalidad del sitio de San Ignacio, mientras al año siguiente se cercaron las ruinas, al tiempo que el pueblo adjunto iba creciendo.

No obstante, con estas mínimas prevenciones, los saqueos se continuaron, ya no sólo a objetos de valor artístico que terminaban en colecciones privadas o depósitos de museos lejanos, sino también a levantar nuevos poblados con las antiguas piedras talladas. De esta manera, fueron más los pueblos que

El arquitecto Carlos L. Onetto en la tarea de reposición del ángel de la fachada de San Ignacio Miní.

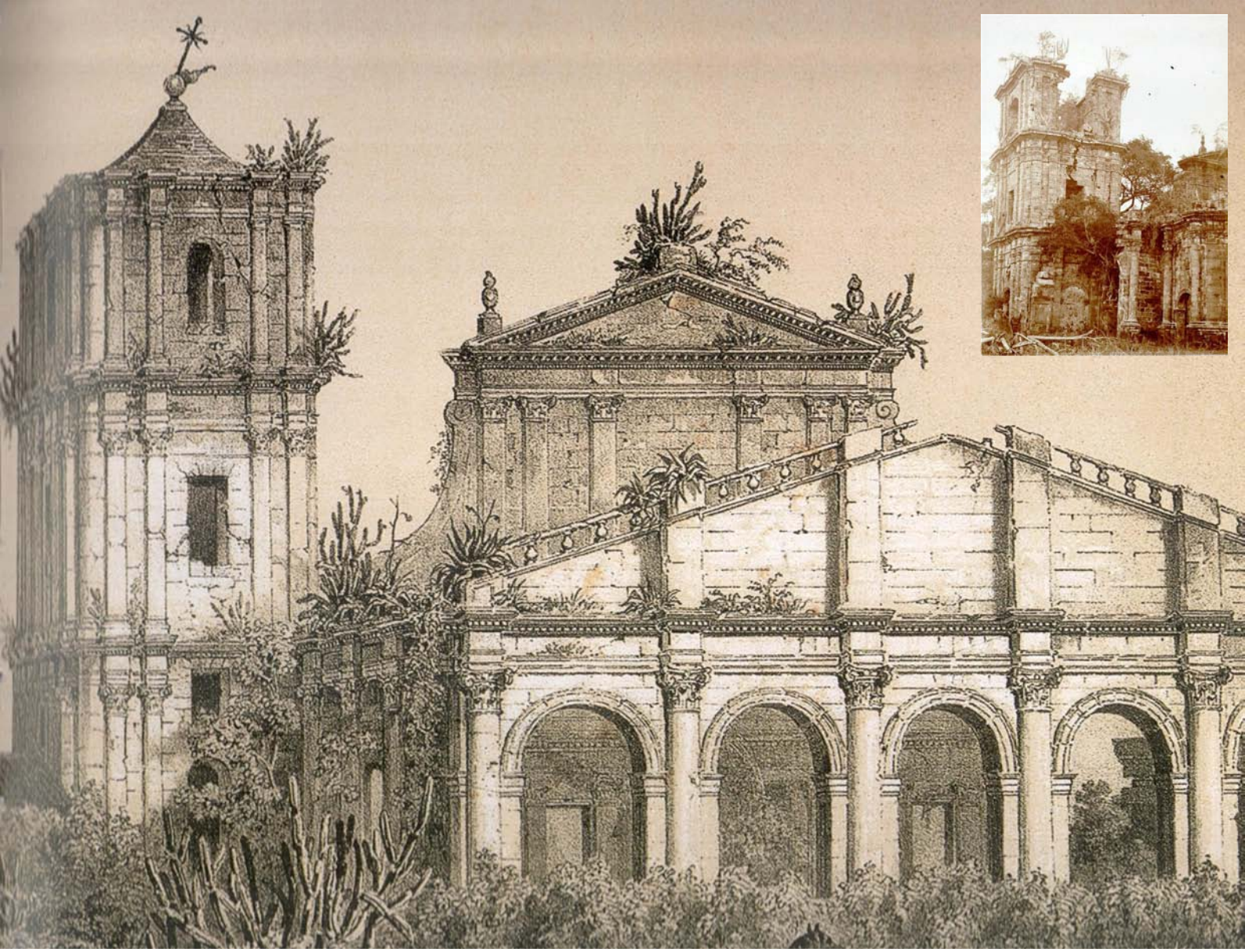
desaparecieron que los que algo conservaron, y que lo hicieron gracias a la selva que, si bien en principio los deterioró, en definitiva, terminó protegiéndolos del hombre, destructor por antonomasia.

En Argentina, la valoración y conservación de los monumentos coloniales que se inició con la creación de la Comisión Nacional de Monumentos (1938) incluyó las obras de los jesuitas y fue un paso fundamental. Aquí fue cuando la valoración de los bienes materiales comenzó a profundizarse, justamente ante la afirmación de los avances en el conocimiento histórico.

No podemos dejar de soslayar que las primeras intervenciones arquitectónicas de valoración del monumento como tal nacieron con un sentido de jerarquización o enriquecimiento de una arquitectura considerada vetusta. Esto se vislumbra claramente en las obras de refacción del siglo XIX del claustro de la Universidad de Córdoba, como veremos en particular.

La intervención del arquitecto Mario J. Buschiazzo en 1938 fue decisiva. Visitó las ruinas y elevó un completo informe al presidente de la Comisión Nacional de Monumentos, Dr. Ricardo Levene, abogando por una intervención urgente. Se comenzó con un plan integral de restauración y San Ignacio fue declarado Monumento Histórico Nacional en virtud de la ley 12.665. Buschiazzo formó un pequeño grupo de profesionales y envió al arquitecto Jorge A. Cordes, quien trabajó hasta su renuncia en 1940. A partir de entonces y hasta 1948, se hizo cargo de las obras el arquitecto Carlos Luis Onetto.

Medio siglo después de la intervención arquitectónica, modelo por entonces, y que verdaderamente hizo escuela en el país, Onetto (2000) publicó sus memorias recordando las vicisitudes que comenzaban con sólo llegar al lejano sitio, adquisición de materiales y reclutamiento de mano de obra. Los criterios



Detalle la iglesia de San Miguel en el grabado de Alfred Demersay (1846).

de intervención adoptados siguieron la consolidación de las ruinas manteniendo su autenticidad, valor y significados que cómo tal tenían. En contados casos, se rearmaron muros desplomados o en riesgo de desmoronamiento, mientras que la fachada fue restaurada por anastilosis, destacándose el hallazgo del gran ángel caído que se ubicaba del lado derecho, donde fue restablecido. Pero algunos problemas comenzaron a aparecer en 1971, cuando se desplomó parte del muro lateral de la iglesia. Recién en 1996 un especialista español detectó la falta de argamasa orgánica original entre las piedras. Fue entonces cuando el organismo nacional encargado de su conservación contrató al ingeniero Juan María Cardoni, quien contrariamente encontró la respuesta introduciendo morteros de cemento y cal entre los muros y micropilotes de hormigón armado. Obviamente, a los cinco años se produjeron fisuras que, en definitiva, reafirman la falta de investigación histórica, pues desde la época jesuítica los muros tuvieron problemas de estabilidad (Levinton 2009: 39-42).

En esta misma década, se intervino en Loreto y Santa Ana (Argentina) que hasta ese momento se hallaban inmersos en un ecosistema natural surgido desde que se abandonaron los pueblos. Desmontes, desmalezamientos e intervenciones arqueológicas puntuales, como la residencia, templo y capilla de Loreto, terminaron siendo abandonados. Pero aún quedaron oscurecidos ante la permisividad que se dio en Santa Ana donde en su ingreso se construyó una fábrica de yerba que incluso fue creciendo en instalaciones hasta la actualidad, levantadas sobre el antiguo sector de viviendas indígenas. Minimizadas quedan estas intervenciones cuando para la misma época se construyeron ostentosos centros de interpretación

El arquitecto Lucio Costa (1902-1998) y el museo de San Miguel.

o de visitantes a costos altísimos y sobre sectores arqueológicos. Escandaloso testimonio de despilfarro, testigo de una época que siguió sumiendo a los valiosos restos en su persistente ansiedad por desaparecer (Poenitz y Snihur 1999).

La conciencia por recuperar el patrimonio jesuítico fue paralela en Brasil, especialmente en la reducción de San Miguel que fue abandonada como iglesia en 1828 y casi dos décadas después fue representada por Alfred Demersay (1860-1864), tal como la dibujara José María Cabrer en 1784 pero en desesperantes ruinas y poco antes del incendio que destruyó la cubierta cinco años después (Gutiérrez 2003: 324). Tiempo que -como en otros sitios- se publicaron impresiones de viajeros, especialmente de los demarcadores de límites. Después de un poco más de un siglo, se comenzó a pensar en la restauración del monumento, quedando a cargo de la Directoria de Terras da Secretaria do Estado e Obras Publicas y, desde 1937, del Serviço de Patrimônio Histórico e Artístico Nacional (IPHAN), año en que se declaró a San Miguel como Patrimonio Nacional. Entre el grupo fundador de aquella institución se encontraba el arquitecto Lucio Costa (1902-1998) quien realizó un completo informe técnico sobre la situación de los edificios. Inmediatamente se designó al arq. Lucas Mayerhofer que trabajó en un proyecto de intervención integral, ante un edificio que amenazaba el desmoronamiento de la torre a partir de una profunda grieta que presentaba la misma. Para ello, se desmontaron las piezas de mampostería y luego se reubicaron (Mayerhofer 1969), mientras quien fuera el autor del *Plan Piloto* de Brasilia proyectó el Museu das Missões (1940) con una sobriedad impecable.

En 1954, se realizaron nuevas obras de consolidación, intensificándose los estudios científicos e incluso de valoración de la arquitectura jesuítica (Smith 1962). En tanto, en 1970, se incorporaron al patrimonio nacional los sitios arqueológicos de San Juan Bautista, San Lorenzo Mártir y San Nicolás, parte de aquellos siete pueblos en disputa por 1750. A partir de entonces, se hizo cargo de los sitios el profesor Julio Curtis, cuando se comenzaron a estudiar sistemáticamente los restos arqueológicos y la regulación urbana de sus entornos. La actividad no cesó y, una década después, se hizo cargo el arquitecto Fernando Machado Leal, tiempo en que se incorporó San Miguel al Patrimonio Mundial, continuando las obras de conservación el arq. Luiz Antônio Bolcato Custódio y, sobre todo, Vladimir Fernando Stello, quien se instaló en San Miguel como jefe técnico (Bolcato Custódio –Stello 2007 y Stello 2005).

En Paraguay, todo fue un tanto diferente, pues la mayoría de las reducciones fueron saqueadas e incendiadas, conservándose sólo algunas pocas. Sin embargo, el mayor legado fueron las innumerables esculturas que han llegado hasta hoy. Llama la atención esto, pero se explica en testimonios de principios del siglo XIX que expresan claramente que los indios decidieron irse de las reducciones y vivir en la inclemen-

La Anunciación en la Capilla de Loreto de la desaparecida reducción de Santa Rosa (Paraguay).

cia, pero llevando todas las imágenes de las iglesias a la selva. Y esas imágenes hoy restituidas se exhiben en varios museos como el de Santiago, Santa Rosa, Santa María de Fe y San Ignacio Guazú, donde sólo se han conservado las excepcionales esculturas como único testimonio del legado jesuítico. Aunque destaquemos que en la década de los sesenta se limpió de escombros la reducción de Jesús y en 1973 se realizó un relevamiento planimétrico completo del área. De tal forma que recién entre 1981 y 1985 se realizaron intervenciones de consolidación, limpieza química y sellado de pilares y fachadas. En la siguiente década y con la participación de especialistas españoles financiados por la Agencia Española de Cooperación Internacional (AECID), se apuntalaron muros de la residencia y talleres, además de confeccionarse un nuevo relevamiento planimétrico que incluyó un informe medioambiental y un estado general de la reducción, donde se detectaron varias decenas de patologías. En tanto que la reducción de Trinidad se realizaron similares trabajos de conservación entre 2002 y 2006. No obstante, las intervenciones arquitectónicas de los edificios que se conservaron han tenido variadas respuestas técnicas que alcanzan la reconstrucción de la reducción de San Cosme y San Damián, llevada a cabo con el patrocinio de "Missions Prokur" Nurember y del DIGETUR (hoy Secretaría Nacional de Turismo SENATUR) en 1978 y el acuerdo de la ex prelatura de Encarnación. Recientemente se le incorporó un cuestionado edificio como Centro de Interpretación

El arquitecto Hans Roth (1934-1999) junto a un busto del P. Schmid.

– Planetario, donde supuestamente trabajó el jesuita Buenaventura Suárez. Mención especial merece el rescate de la magnífica capilla de Loreto, conservada en el desaparecido pueblo de Santa Rosa fundado en 1698, quemado a fines del siglo XIX, donde se destacan sus pinturas murales y las delicadas esculturas de la Anunciación del artista José Brasanelli (Sustersic 2010).

5. Las reducciones de chiquitos

Como parte de la antigua provincia jesuítica del Paraguay, la región habitada por los chiquitos se ubica en el corazón de América Latina, sobreviviendo primero a los ataques de los bandeirantes portugueses y luego a la codicia de los españoles. No obstante, los motivos principales de su relativa conservación fueron en primer lugar su aislamiento y luego la perseverancia del historiador de arte suizo Félix A. Plattner (1906-1974), quien quedó maravillado con la obra del jesuita Martin Schmid, compatriota inmigrante de aquellos gloriosos días fundacionales, autor de la mayor parte de las iglesias reduccionales. Pero, anteriormente, don Plácido Molina Barbery fue quien por 1943 trabajó en la demarcación de los límites de Bolivia con el Brasil. Fotografió cada rincón de San Ignacio, Santa Ana y San Rafael, conformando un valioso material gráfico que fue sustancial a la hora de intervenir en los históricos templos. Pero insistimos que fue decisivo el viaje por América del jesuita suizo, quien a su regreso publicó varias obras[6].

Con los años, Plattner alcanzó el cargo de procurador de la Compañía de Jesús en Zurich. Fue entonces cuando en 1972 hizo una convocatoria para salvar la iglesia de San Rafael (en coincidencia con el año del bicentenario de la muerte del P. Schmid) y envió a Bolivia al arquitecto también jesuita Hans Roth (1934-1999), quien se puso a trabajar junto con los indios. Pero los superiores de la Compañía de Jesús le habían ordenado regresar a Europa a los seis meses de arribado y el joven jesuita no obedeció, ante la admiración que le causaron estas maravillas, que le hicieron tomar la valiente medida de renunciar al Instituto e instalarse hasta su muerte en los pueblos chiquitanos.

La decisión y labor de Roth fue admirable. Creó talleres de restauración especialmente levantados para las obras de las iglesias que hicieron los mismos indios. Procuró igualmente talleres de construcción

6 Recordemos algunas de sus trabajos como *Der grosse Dr. Tang*, Jesuit und Mandarin (Saarbrücken, 1936). *Ein Reisläufer Gottes. Das abenteuerliche Leben des Schweizerjesuiten P. Martin Schmid aus Baar (1694-1772)* (Lucerna, 1944). *Jesuiten zur See. Der Weg nach Asien* (Zúrich, 1946) [*Jesuitas en el Mar* (Buenos Aires, 1952)]. *Pfeffer und Seelen* (Einsiedeln, 1955). *Genie im Urwald. Das Werk Auslandschweizers Martin Schmid aus Baar* (1694-1772) (Zúrich, 1959). *Deutsche Meister der Barock in Südamerika im 17. und 18. Jahrhundert* (Basilea, 1960). *Indien* (Maguncia, 1963).

Interior de la iglesia de San Javier en Chiquitos.
Foto: Fernando Allen.

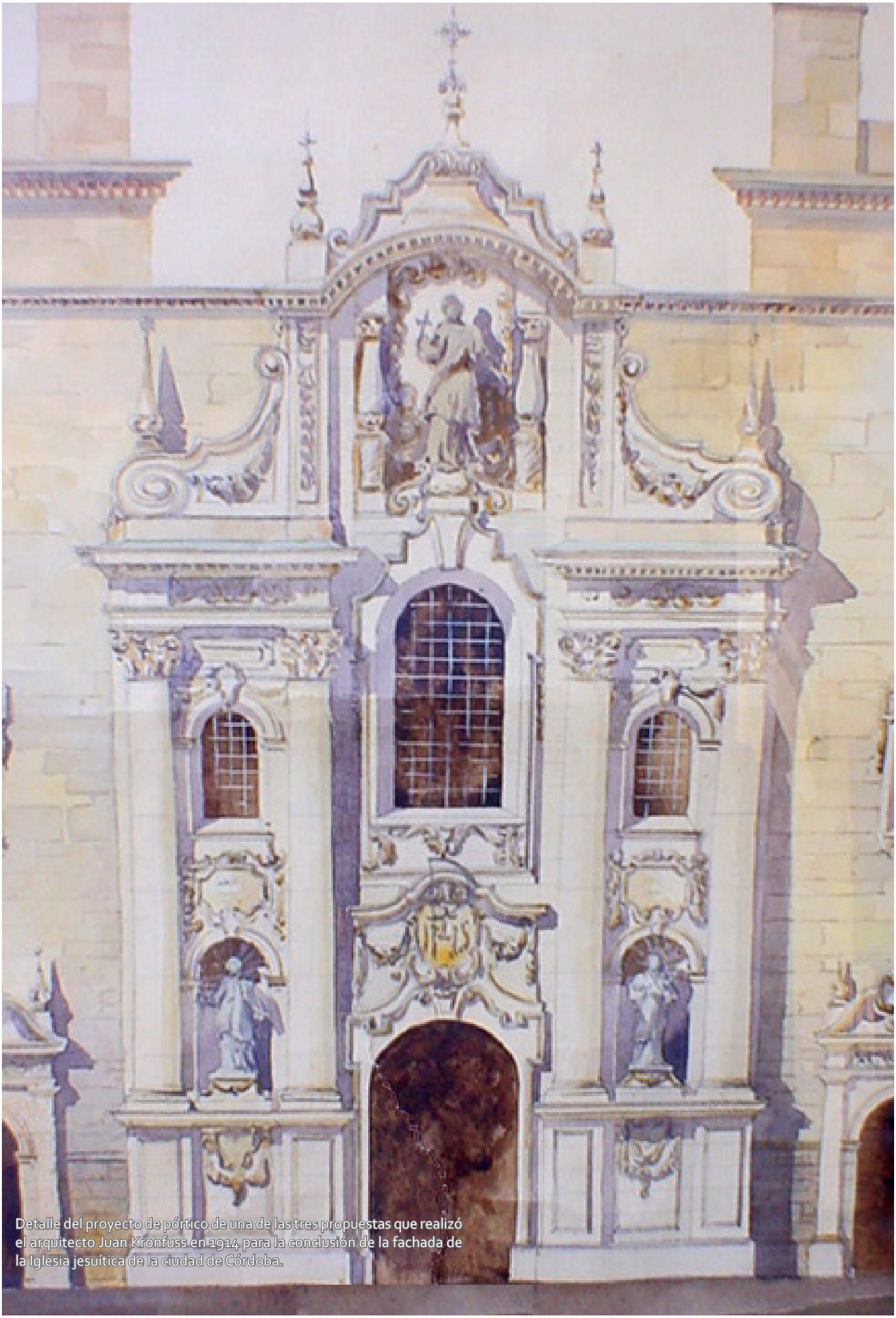
de instrumentos musicales, debido a la afición tan grande que tenían los indios por la música. Y eso no era casual, pues Roth halló en el coro de la iglesia de San Rafael unos libros con tapas hechas con folios encolados que eran partituras de música, algunas compuestas por el célebre jesuita Domenico Zípoli, que había sido organista del Gesu en Roma, muriendo en Córdoba (Argentina) en 1726. Otras 1.500 partituras fueron descubiertas en la casa parroquial de Santa Ana, junto a numerosos instrumentos musicales. A la asombrosa colección se sumaron obras de varios compositores jesuitas de la época y músicos contemporáneos, como el mismo Martin Schmid, Julián Knogler, Franz Brentner, Julián Vargas, Bartolomé Massa, Arcángelo Corelli y Nicola Calandro. A partir de este monumental hallazgo, se creó el Archivo Musical de Chiquitos en Concepción, con 5.500 folios de partituras musicales, que dieron origen al famoso Festival Internacional de Música Renacentista y Barroca Americana que se convoca periódicamente desde 1996.

La primera obra de Roth fue la restauración de la emblemática iglesia de San Rafael en base a un proyecto de los arquitectos Georg e Ingrid Küttinger. La obra se comenzó en 1972 y se concluyó una década después. Incluyó el tallado de nuevos horcones colocados sobre cimientos de hormigón, se cambiaron las vigas y tijeras dañadas y se renovaron las pinturas murales.

Entre 1974 y 1982 restauró la iglesia de Concepción, donde se reemplazaron todas las maderas. Paralelamente, y desde 1979 y hasta 1985, Roth restauró la iglesia de San Miguel, junto al carpintero Alois Falkinger, donde se tallaron nuevamente los horcones colocados también sobre cimientos de hormigón, además de cambiar vigas, tirantes y tijeras. Es interesante destacar aquí que algunas pinturas murales debieron ser desprendidas de los muros porque amenazaban desplomarse, y luego de reparadas fueron vueltas a colocar. En Concepción, en cambio, las pinturas originales no pudieron ser salvadas y se hicieron nuevamente.

En 1987 emprendió la restauración de la iglesia de San Javier sustituyendo vigas y tijeras dañadas al igual que las tallas de los horcones. Al año siguiente, se comenzó el proyecto de San José donde fundamentalmente se demolieron los edificios anexos y se reemplazaron los horcones y maderas interiores.

En 1995 inició la obra de San Ignacio y desde 1996 se sumaron al arquitecto Roth los colegas Eckart



Detalle del proyecto de pórtico de una de las tres propuestas que realizó el arquitecto Juan Kronfuss en 1914 para la conclusión de la fachada de la Iglesia jesuítica de la ciudad de Córdoba.

Kühne, Patrick Walter, José Luis Cabezas y Javier Mendoza en la restauración integral de Santa Ana. Esta vez se reutilizan los horcones, colocándose también sobre bases de hormigón, además de la restauración de pinturas murales, retablos, mobiliario, órgano, imágenes y el piso cerámico original.

Pintura, escultura, artesanías, arquitectura y música eran el contexto donde se desarrollaron estas reducciones jesuíticas que buscaban establecer un mundo diferente. Hoy son los únicos testimonios construidos y en pleno uso del mundo de aquella epopeya Ignaciana.

Todo este legado recuperado por Roth en casi tres décadas y sin apoyo oficial, se convirtió en uno de los más ambiciosos y sostenidos proyectos de restauración de Hispanoamérica. Obras que tuvieron como trasfondo un profundo sentido social, pues no solo se preservaron los monumentos, sino que también se construyeron viviendas y escuelas, museos y archivos. Pero fundamentalmente se crearon estructuras organizativas y de desarrollo de los pueblos indígenas, quienes sintieron profundamente la verdadera recuperación de sus identidades culturales. La impecable restauración arquitectónica fue sólo una excusa para volver a dar vida a las comunidades chiquitanas (Page 2008).

6. El patrimonio jesuítico de Córdoba (universidad y estancias)

Los inicios de la valoración de la arquitectura jesuítica en Córdoba, que conserva el edificio de la universidad y varias estancias, tuvieron el sentido de ampliar y jerarquizar de ámbitos deteriorados por el tiempo. Las obras de la universidad desarrolladas en el siglo XIX se las pensó con una nueva imagen institucional, incorporándole el lenguaje en boga. Pisos y zócalos de mármol, decoraciones en muros que incorporaban "puertas fingidas", rejas encerrando jardines, y sobre todo la definición de su propio espacio, desprendiéndola del sector religioso y del Convictorio, convertido en escuela secundaria.

Con la iglesia en cambio surgieron otras vías tendientes a "jerarquizarla". Efectivamente, al celebrarse en 1914 el primer siglo de la restauración de la Orden al mundo católico, se pensó en construir una nueva y elegante fachada. Con ello se inició un rico debate sobre la posibilidad que la fachada estuviera inconclusa y que había que terminarla. Se hicieron varias propuestas, pero el dinero no alcanzó y la "nueva fachada" felizmente solo quedó en proyecto.

Este primer período de valoración por la búsqueda de la jerarquización va a tener una concreción importante en las reformas del Colegio Monserrat, adjunto al ámbito de la universidad y que en tiempos de los jesuitas conformaba una sola unidad arquitectónica y funcional. Luego de separados, las reformas involucraron sobre todo una renovación del lenguaje exterior del edificio que se adscribió a un neorrena-

cimiento español que superaba las expectativas que demandaban aquellos años en acercarse a la época colonial como lenguaje arquitectónico nacional. El autor del proyecto fue el arquitecto Jaime Roca.

Al igual que con las reducciones de guaraníes, la creación de la Comisión Nacional de Monumentos, tuvo especial influencia en la valoración de los monumentos de Córdoba. Contó con los mismos protagonistas, sobresaliendo la figura del arquitecto Onetto quien tuvo a su cargo las intervenciones de la iglesia jesuítica de la ciudad y la estancia de Jesús María que se convirtió en museo gracias a la insistencia y donación de una importante colección de arte jesuítico del P. Oscar Deidremie SJ. En el primer caso va a ser una intervención inconclusa, aunque tuvo importantes logros como la recuperación de la fachada cubierta con revoque en 1914. No se avanzó con el proyecto de restauración interior que incluía, entre otras muchas realizaciones, el embutido de la instalación eléctrica y paradójicamente dos décadas después ocasionó un incendio con la pérdida de las pinturas originales del techo.

El gobierno provincial comenzó a involucrarse en la preservación de los bienes jesuíticos desde la creación de la Dirección de Historia, Letras y Ciencia en 1969, sucesora de la Comisión Honoraria Asesora de Protección de los Valores Artísticos y Arquitectónicos que presidía el arquitecto Jaime Roca. Desde aquel entonces, el arquitecto Rodolfo Gallardo se abocó a la recuperación edilicia y funcional de las estancias de Caroya y Candelaria. Mientras que la de Alta Gracia tuvo injerencia total el gobierno nacional a partir de su expropiación en 1968. No obstante, inexplicablemente y para la misma época, se dejaron demoler las ruinas de la estancia de San Ignacio en Calamuchita, hoy prácticamente desaparecida.

En la intervención de Alta Gracia, el empleo de la ciencia arqueológica fue relevante pues, siguiendo el ejemplo de Jesús María, se realizaron importantes hallazgos, aunque recién los restos hallados fueron catalogados veinte años después.

Esta serie de recuperaciones, lentas y cargadas de conflictos, igualmente derivaron en el reconocimiento de la UNESCO en 2000, aunque luego de esta distinción se llevaron a cabo intervenciones inconsultas, en el mayor de los casos, que afectaron la originalidad de varios monumentos. Tal el caso de Santa Catalina, hasta la actualidad propiedad privada y donde se reemplazó la totalidad de revoques, o en la misma manzana jesuítica, que también se destruyeron revoques originales para dejar los muros de piedra a la vista, amén de la incorporación de objetos extraños a la arquitectura original, como la amplia escalera de ingreso a la Biblioteca Mayor. Incluso la estancia de Alta Gracia recibió la incorporación en 2006 de una construcción para baños que afectan directamente al monumento (Page 2011c). O peor aún, cinco años después se levantaron los pisos de la iglesia para incorporar un sistema de losa radiante que arrasó con tres

PÁGINA ANTERIOR. Izq.: Detalle del pórtico neorrenacentista español del Colegio Monserrat del arquitecto Jaime Roca (1928). Centro: La iglesia de la Compañía de Jesús de Córdoba en la actualidad luego de la restauración del arquitecto Carlos Onetto. Dcha.: Iglesia de negros de la estancia jesuítica de Alta Gracia.
EN ESTA PÁGINA: Intervención en la iglesia de Santa Catalina en 2000 donde se reemplazó íntegramente el revoque se la fachada

niveles de pisos superpuestos y todos los restos óseos allí depositados.

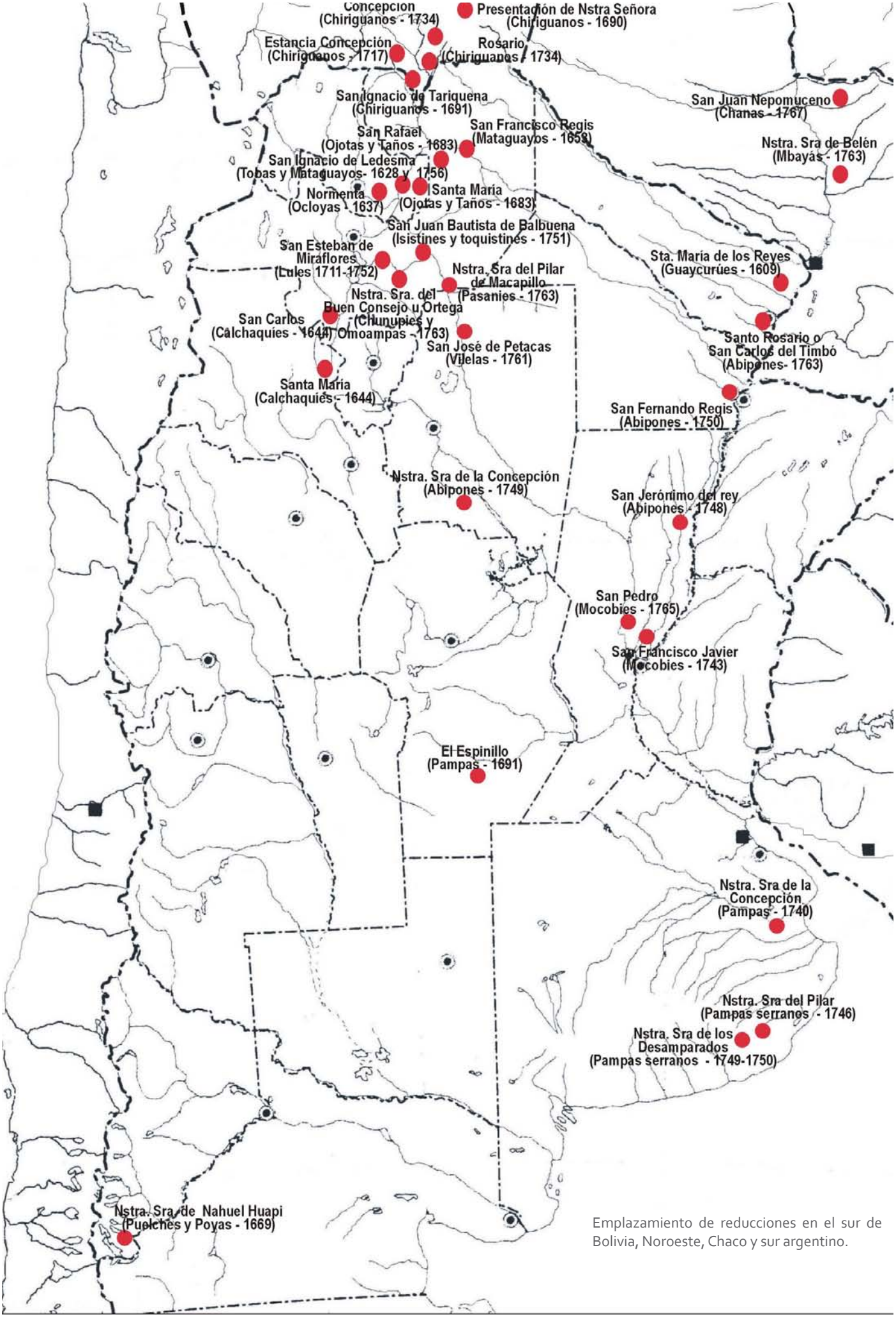
7. Otros testimonios de un olvidado legado jesuítico arqueológico y desmaterializado

Hoy nos resulta de particular interés el resto de ese inmenso legado jesuítico, que no se circunscribe sólo a lo material manifestado en diversas tipologías arquitectónicas, urbanas y artísticas. Dispersos por gran parte del territorio que ocuparon, se encuentran testimonios arqueológicos de más de treinta reducciones jesuíticas (Page 2012), además de una decena de colegios y residencias con una importante cantidad de estancias que los sustentaban.

Efectivamente, el accionar de los jesuitas no se limitó al área guaraní-chiquitos en su plan de evangelización, ni tampoco su Colegio Máximo con sus estancias fue la única institución educativa. Para el caso de otras reducciones, tanto en el siglo XVII como en el XVIII, los jesuitas tuvieron diversas experiencias misionales en las provincias de Neuquén, Buenos Aires y Córdoba, como a su vez en la extensa región chaqueña, hasta el sur de Bolivia y noroeste argentino.

Cada uno de estos emplazamientos presenta características geográficas distintas, íntimamente ligadas con los habitantes y sus formas de vida, costumbres y sobre todo su lengua. Estaban pobladas por variadas etnias que sistemáticamente, aunque casi sin orden, rechazaron la conquista española a la que nunca se subyugaron. Pero allí donde las armas del español fracasaron, intervinieron los misioneros para intentar una dominación pacífica. No siempre alcanzaron los éxitos esperados que, en ocasiones, terminaron en trágicos desenlaces. La provincia jesuítica del Paraguay se insertaba dentro de una ocupación hispánica que no fue completa y que sólo se desarrolló en los ejes que constituían el Camino Real del Perú y el mesopotámico. El resto del territorio lo constituían tres grandes regiones: Chaco, Noroeste y Sur argentino que jamás los españoles llegaron a ocupar en forma efectiva. Fueron grandes sectores del territorio con una alta resistencia aborigen que no concluyó sino recién en el siglo XIX, con la segunda etapa del genocidio indígena de la región.

Las continuas derrotas españolas llegaron a casos de verdaderos estragos, como las duras guerras calchaquíes que finalmente pudieron doblegar, pero con un costo muy alto. Posteriormente, esta experiencia inducirá a tomar nuevas estrategias de dominio con la ocupación reduccional. En este sentido y ante los éxitos que habían alcanzado los jesuitas entre guaraníes y chiquitos en distintas épocas, se recurrió a ellos



Emplazamiento de reducciones en el sur de Bolivia, Noroeste, Chaco y sur argentino.

para concretar ese proyecto ocupacional inconcluso.

La Compañía de Jesús tuvo sus propias estrategias de evangelización emanadas desde sus Constituciones y aun con matices locales impresos por misioneros que se adaptaron a la realidad que imponía el tiempo y espacio. Así lo hizo desde el principio el P. Antonio Barzana.

Este importante grupo de reducciones no tuvo los brillos de las guaraníticas o chiquitanas, pero no por ello se desarrollaron con menos esfuerzos. Aunque a veces fueron una realidad con futuro promisorio y otras solo un meritorio intento y con dificultades extremas que bien señaló el P. Cardiel para el caso de las chaqueñas. La mayoría desaparecieron al poco tiempo, aunque sus emplazamientos perduraron en muchos casos, en pequeños pueblos hoy existentes como Reducción en Córdoba, o en importantes ciudades como Reconquista, emplazada sobre el sitio de la reducción San Jerónimo, e incluso capitales provinciales como Resistencia, donde se ubicaba San Fernando, o Formosa, donde se levantó San Carlos.

Para esta empresa evangelizadora, los jesuitas contaron con los colegios, que no eran meros centros de enseñanza sino que actuaban como verdaderos centros de operaciones misionales y que se ubicaron en las principales ciudades hispanas, de donde comenzaban sus misiones volantes y luego financiaban las reducciones. A partir de los colegios y residencias se estructuraron una serie de propiedades urbanas y rurales que reunieron a miles de esclavizados africanos, ocupando extensos territorios de producción variada para el sustento de estas instituciones educativas y misionales.

Se han contabilizado para la época de la expulsión diez colegios y seis residencias que contenían cada una entre al menos cuatro y dos estancias, lo que constituía un patrimonio económico de valor incalculable (Maeder 2001). No todo se ha conservado; en el mejor de los casos constituyen restos arqueológicos, como en las varias reducciones que se han comenzado a excavar[7], y en una necesaria política de identificación de sitios a los efectos de evaluar las alternativas de intervenciones particulares.

8. La valoración integral del legado jesuítico

Después de casi dos siglos y medio en que persistentemente se ha querido revertir una denostada imagen impuesta por los borbones, marcada en su momento con los peores calificativos, hoy la gesta de la antigua Compañía de Jesús se yergue evidentemente triunfadora.

Los estudios historiográficos que durante el siglo XIX y gran parte del XX fueron de exclusiva incum-

7 Tal el caso de una de las reducciones de indios calchaquíes del siglo XVII, tesis doctoral de Teresa Iglesias en elaboración por la Universidad de La Plata.

bencia de miembros de la Orden, paulatinamente se ampliaron a un abanico inmenso de disciplinas. La generosidad de aquellos historiadores jesuitas es aún el recuerdo de los primeros historiadores laicos que incursionaron en los estudios sobre el pasado misional.

Mientras el enorme legado arquitectónico fue sufriendo un acelerado envejecimiento, la creación de organismos estatales en diversos países revirtió la situación. Las paulatinas restauraciones de aquel tiempo fueron insertas en verdaderos planes nacionales promovidos en principio por el arquitecto Buschiazzo en Argentina y su colega Lucio Costa en Brasil. Más allá de las objetables o no intervenciones de aquella época, se vislumbra claramente un proyecto integrador de un Estado que comenzaba a comprometerse con acciones eficaces y concretas. Realizaciones que fueron posibles, también, gracias a la idoneidad y respeto a representativas e incuestionables figuras que levantaban con convicción las banderas de la defensa de los monumentos del pasado, sin usarlos como estandartes de oportunismo. Luego de este verdadero frenesí, se produjo una estabilidad en los emprendimientos que volvieron a surgir en la década de 1970, aunque no con la fuerza que le habían impreso aquellas instituciones en su primera época. Sin embargo, es loable la participación de los estados provinciales y municipales en nuevos emprendimientos que llevaron adelante.

A fines de 1982, se presentó en la sexta reunión de Patrimonio Mundial en París la inclusión en su lista de la reducción de San Ignacio Miní. Se insistió al año siguiente, cuando se adjuntó la documentación requerida a la que se sumó igual pedido para los restos arqueológicos de Santa Ana, Loreto y Santa María la Mayor. Finalmente, en la octava reunión del comité, llevada a cabo en Buenos Aires en 1984, se decidió inscribirlas en la Lista del Patrimonio Mundial. Igual sucedió en el mismo año con la reducción de San Miguel en Brasil.

En 1990, la UNESCO sumó las seis iglesias de chiquitos, ejemplos únicos de arquitectura en madera y adobe con amplios y uniformes espacios interiores donde un solo techo cubre tres naves separadas apenas por delgadas columnas. Tres años después, se incorporaron las reducciones de Trinidad y Jesús del Paraguay y, en 2000, el edificio de la universidad de Córdoba y la mayoría de sus estancias.

De tal forma y para finalizar, no podemos dejar de soslayar que, así como se montó un negocio turístico, paralelamente apareció un negocio entorno a las "restauraciones", que en muchos casos vieron dilapidar dineros públicos en honorarios más que en realizaciones concretas por salvaguardar los restos. Incluso en intervenciones vergonzosas para la especialidad, que siguen negando el significado de restos arqueológicos que aparecen con una carga simbólica muy grande, pues son el vivo testimonio de la desidia, de la decadencia y la negación a una Historia que en todos los tiempos causó malestar en algunos sectores.

Tanto las reducciones guaraníticas y chiquitanas como las obras arquitectónicas que dejaron los je-

El legado jesuítico hoy se encuentra en la plenitud de reconocimiento, pero con la sentida ausencia de la autoridad que impartían los pioneros de su revaloración.

suitas en Córdoba se mantuvieron aisladas como entidades diferenciadas y con una fuerte atracción en sí mismas debido a sus sistemas de significación. Unas como insignia de la evangelización, la otra como distintivo de la educación. Aunque paradójicamente tuvieran un estrecho contacto con realidades no tan disímiles. Funcionalmente, la arquitectura tenía similares patrones de diseño, pero al cambiar los usuarios y fundamentalmente los realizadores materiales, se imprimió una originalidad particular a ambas entidades.

El legado jesuítico hoy se encuentra en la plenitud de reconocimiento, pero con la sentida ausencia de la autoridad que impartían los pioneros o fundadores de su revaloración. La especialidad en el marco de la conservación creció y se expandió, pero ante la falta de un inteligente liderazgo, prevaleció en muchos casos el autoritarismo de los ejecutores en concordancia a la ahora impasible actitud del Estado. •

Bibliografía

AMBROSETTI, J.B. 1893-1895: *Primer viaje al Territorio de Misiones; Segundo viaje al Territorio de Misiones; Tercer viaje al Territorio de Misiones.* Buenos Aires.

ANDRÉS-GALLEGO, J. 2003: *El motín de Esquilache. América y Europa.* Fundación Mapfre-Tavera/CSIC. Madrid.

BOLCATO CUSTÓDIO, L.A. y STELLO, V.F.,2007: Preservación de las misiones. Trayecto de Brasil, *Revista Apuntes de Estudios sobre Patrimonio Cultural*. Facultad de Arquitectura y Diseño de la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia, Vol. 22 Nº 1, pp. 142-153.

CARREZ SJ, L 1900: *Atlas geographicus Societatis Jesu in quo delineantur quinque ejus modernae assistentiae, provinciae tres et viginti singularumque in toto orbe missiones*. Georgium Colombier. Paris.

Colección general de las providencias aquí tomadas por el gobierno sobre el extrañamiento y ocupación de temporalidades de los regulares de la Compañía que existían en los Dominios de SM de España, Indias e Islas Filipinas á consecuencia del Real Decreto de 27 de Febrero y Pragmática-Sanción de 2 de Abril de este año. Imprenta Real de la Gazeta. Madrid. Primera Parte, 1767; Segunda Parte, 1769, Tercera Parte, 1769 y Cuarta Parte, 1774.

DEMERSAY, A. 1860-1864: *Hitorie physique, économique et politique de Paraguay et des etablissements des jesuites*. Hachette. París. 2 tomos.

FERNÁNDEZ ARILLAGA, I. 2002: Los novicios de la Compañía de Jesús: la disyuntiva ante el autoexilio y su estancia en Italia, en GIMÉNEZ LÓPEZ, E (Ed.), *Y en el tercero perecerán. Gloria, caída y exilio de los jesuitas españoles en el s. XVIII*, Universidad de Alicante.

GEOGHEGAM, A. R. 1975: *Bibliografía de Guillermo Furlong SJ 1912-1974.* Boletín de la Academia Nacional de la Historia. Buenos Aires.

GÓMEZ FERREIRA SI, A.I. 1973: *A dos siglos de una inválida extinción, 1773 -21 de julio- 1973, La inédita "retracción de Clemente XIV"*, Córdoba (Argentina).

GUTIÉRREZ, R. 2003: Historia urbana de las reducciones jesuíticas sudamericanas: continuidad, rupturas y cambios

(Siglos XVIII-XX), en ANDRÉS-GALLEGO, J. (dir): *Impacto en América de la expulsión de los jesuitas (1).* Fundación Histórica Tavera, cederrom. Madrid.
HOLMBERG, E.L. 1887: "Viaje a Misiones". *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias en Córdoba X.* Pablo Coni e Hijos. Buenos Aires.
KRATZ SI, G. 1954: *El tratado hispano-portugués de límites de 1750 y sus consecuencias. Estudio sobre la abolición de la Compañía de Jesús.* Institutum Historicum. Roma.
LEVINTON, N. 2009: *San Ignacio Miní: La identidad arquitectónica.* Contratiempo ediciones. Buenos Aires.
MAEDER, E.J.A. 2001: *Los bienes de los jesuitas.* Instituto de Investigaciones Geohistóricas-CONICET, Resistencia.
MAYERHOFER, L. 1969: A Igreja de São Miguel das missões. *Revista do Estudos Brasileiros*, Universidad de São Pablo, Nº 6.
MELIÁ SJ, B. 1996: *Jesuitas, guaraníes y encomenderos.* Asunción del Paraguay.
ONETTO, C.L. 2000: *San Ignacio Miní. Un testimonio que debe perdurar*. Dirección Nacional de Arquitectura. Buenos Aires.
PAGE, C.A. 1999: Historiografía antigua y fuentes de información para la historia de la Compañía de Jesús en Argentina. *Segundas Jornadas de Historia de los Pueblos de Paravachasca, Calamuchita y Xanaes*. Museo Casa del Virrey Liniers de Alta Gracia, 19 y 20 de Noviembre de 1999.
PAGE, C.A. 2011a: *Relatos desde el exilio. Memorias de los jesuitas expulsos de la antigua provincia del Paraguay*. Servilibro. Asunción.
PAGE, C.A. 2011b: El primer intento en defensa del patrimonio jesuítico o una excusa para extirpar su memoria. El expediente sobre la demolición de la iglesia jesuítica de Asunción. *Revista Historia UNISINOS*, Vol. 15, Nº 2.
PAGE, C.A. 2008: Hans Roth, un emblema de las reducciones jesuíticas de Chiquitos. *Revista Hábitat.* Nº 55. Buenos Aires.
PAGE, C.A. 2011c: Reflexiones "no oficiales" sobre los primeros 10 años de la declaración de Patrimonio Mundial de las estancias jesuíticas de Córdoba. *Jornadas El Patrimonio Urbano y Arquitectónico.* ICOMOS. Tucumán 19 y 20 de mayo de 2011.
PAGE, C.A. 2012: *Las otras reducciones jesuíticas. Emplazamiento territorial, desarrollo urbano y arquitectónico entre los siglos XVII y XVIII*. Editorial Académica Española. Madrid.
POENITZ, A. y SNIHUR, E 1999: *La herencia misionera. Identidad cultural de una región americana.* El Territorio. Misiones.
QUEIREL, J. 1897: *Misiones*. Taller Tipográfico de la Penitenciaría Nacional. Buenos Aires.
RODRÍGUEZ CAMPOMANES, P. 1977: *Dictamen fiscal de expulsión de los jesuitas de España (1766-67).* Fundación Universitaria Española. Madrid.
SMITH, R.C. 1962: *Arquitecture jesuitica no Brasil.* Departamento Histórico-Critico. Facultade do Arquitectura y Urbanismo. São Pablo.
STELLO, V.F. 2005: *Sitio arqueológico de São Miguel Arcanjo. Avaliaçao conceitual das intervenções 1925-1927 y 1939-1940.* Universidade Federal do Rio Grande do Sul, Escola de Enghenaria. Porto Alegre.
SUSTERSIC, B.D. 2010: *Imágenes Guaraní-Jesuíticas. Paraguay, Argentina, Brasil.* Centro de Artes Visuales. Museo del Barro. Asunción.